

Jan BAZANT, *Antonio Haro y Tamariz y sus aventuras políticas (1811-1869)*, México, El Colegio de México, 1985 (Centro de Estudios Históricos), 200 pp.

Si usted se dispone a leer este libro, compare antes la colorida miniatura que engalana la portada con la fotografía en tonos sepia que se encuentra frente a la página 97. Separan ambos retratos de Haro algo más de 30 años; leído el libro, se advierte que ilustran bien el origen y destino del personaje, y, por lo mismo, el contenido del libro.

Bazant recoge dos descripciones de Haro (ambas de la misma mano), muy parecidas en su texto, que presentan a un hombre menudo y fino, cuyo carácter desdice la aparente fragilidad exterior, porque este joven “ceremonioso y pulcro. . . daba rienda suelta a sus pasiones políticas, era valiente hasta la temeridad, tenaz hasta lograr sus fines, implacable en sus odios. . . buen amigo como el que más, hombre que sobresale de luego a luego en el bando en que se fija” (p. 26).

Pasemos por alto que Guillermo Prieto, autor de la descripción, era amigo de Haro, y que en su encomio todos los calificativos resulten virtudes. Dejemos de lado también lo de su tenacidad y sus odios (los cuales, por lo que se lee, se aparejaban a las circunstancias), que, en efecto, supo despertar y conservar sinceros lazos de amistad (como lo prueba su larga y fecunda relación con Antonio Riva Palacio), y quedémonos con su temeridad y sus pasiones políticas (pasiones, no ideales, ideas o aspiraciones). Más o menos por ese rumbo, el de sus pasiones y su temeridad (que dictaron, creo, el título del libro) fluctúan las entradas y salidas de Haro en la política mexicana entre 1844 y 1866.

Al principio, en 1844, e incluso 10 y aun 15 años después, ¿qué quería este poblano rico y de buen ver? Bazant busca la respuesta, y al buscar expone ante el lector (que no necesita ser experto en historia para seguir el texto sin tropiezos) 20 años del inquieto trayecto político de Haro y del país.

Sobre la historia que recoge de fuentes conocidas y que le sirve de entramado, Bazant ubica, o mejor, literalmente entreteje la historia que extrae de la escasa correspondencia de Haro (con personajes de la época, con su familia) y de documentos que guardan archivos nacionales, extranjeros y particulares.

En ese armonioso —y difícil— ir y venir de la historia de todos a la historia de uno, Bazant descubre para el lector al Haro diputa-

do, senador, tres veces ministro de Hacienda, al santanista fiel, al liberal, al conservador, al defensor de la república y también líder militar (con un estilo muy civil), al ilusorio aspirante a la presidencia, al sublevado, al envejecido monarquista de última hora, que en el tránsito entre uno y otro estado fraguó cinco exitosas huidas y conoció más de una vez, con no pocas amarguras, el exilio.

Romántico, dice Bazant, porque, ¿qué otra razón pudo alimentar la extrema fidelidad y admiración de Haro hacia Santa Anna, y qué otra razón pudo volver a Haro contra el general, desleída, por fin, ante sus ojos la figura del héroe? Pero Bazant dice también intuitivo, volátil, contradictorio, adjetivos que poco sirven para calificar al buen político. De confirmar que no era buen político se encargaron los contemporáneos de Haro, para quienes era (dicho con moderación) un aficionado.

¿Y por qué, entonces, la política? Podemos suponer (a eso invitan los frecuentes y lúcidos supuestos de Bazant), que el carácter vehemente de Haro lo impulsaba a la acción, y que para actuar —en su medio y circunstancia— la política era escenario natural, menos seguro pero más inquietante que la administración del patrimonio personal o familiar, a la que le destinaban su origen, antecedentes y ejercicio.

El lector tendrá en sus manos la historia de una vida novelesca, que en la relectura se disfruta más e instruye mejor, como suele suceder con los buenos libros.

Martha Elena VENIER
El Colegio de México

James C. CAREY, *The Mexican Revolution in Yucatan, 1915-1918*,
Boulder and London, Westview Press, 1984, 251 pp.

Este libro penetra la Revolución Mexicana a través de la vida de dos grandes estadistas: Salvador Alvarado (1915-1918) y Felipe Carrillo Puerto (1922-1924), revolucionarios de distinta filiación política —Alvarado, general constitucionalista, Carrillo Puerto, zapatista— cuyos respectivos programas políticos están doblemente unidos por los cambios que ambos produjeron en el sistema socioeconómico de Yucatán y por la firme y apasionada entrega que compartieron por la justicia revolucionaria.